

CAPÍTULO ALFONSO

IX

Quebraba el sol los últimos rayos de la tarde en el cristalillo cuadrado de la ventana de Cabanedo. Reposaba éste tranquilo, la mirada en el techo, los brazos á lo largo de la pobre colcha rameada, como quedara, rendido al dolor de la reciente cura.

Lucía entraba y salía á menudo, cuidando al «compañero» enfermo, y Ramón meditaba, la cabeza entre las manos, en la única silla de la alcoba.

Desde la noche trágica no daba reposo á sus pensamientos ¡Quiénes fueron los canallas! ¡Qué mano infame pudo armarse para secundar mercenariamente planes sórdidos

de crimen, dictados por el miedo y la impotencia!

Nadie había sido preso,—¡qué habían de hacer presos!—y milagrosamente él estaba libre.

Su vida y la de su compañera encinta, más enamorada cada día, fortalecida por el ejemplo de la injusticia y crueldad con que se trataba á «los suyos» artera, emboscadamente, era ya una obsesión para aquel pueblo. Pasados los momentos en que sus labios y su gesto llevaron el aplauso á las manos y la fe á los corazones impresionados por la emoción nueva de una prédica de sueños de porvenir, hasta los mismos que siguieron momentáneamente á Ramón convinieron en que era un iluso decidido y loco que podía ser un peligro en la monotonía de aquella vida mansa hasta entonces, borreguna, sumisa del cacique de turno.

Se oía á los más benévolos: «Muy simpático sí, personalmente intachable, bueno, pero peligroso, señores, peligroso».

Y á los francamente adversarios: «Un niño sin temor de religión ni de nada, sólo,

alucinado por lecturas hediondas, amancebado con esa muchacha, exhibiendo como un galardón lo ilegal de sus relaciones... Un ejemplo de perversión, de vergüenza para nuestras mujeres y para nuestras hijas, ¡un anarquista!»—y resumían anatemas en el dictado horrible.

A Lucía no la hablaba casi nadie; su estrecho círculo de relaciones se redujo más y más hasta hacerla el vacío.

Aguilares y ella vivían uno para el otro, como abrazándose en un bloque defensivo contra los odios que les cercaban. Y aunque aquel aislamiento en el fondo no importaba un ápice al espíritu sereno y recio de Ramón, le hacía pensar en lo difícil de una empresa como la que él soñaba. No; no se podía transformar una sociedad de pobres de espíritu, de cobardes, tan rápidamente como él quería. ¡Cuántos siglos de lucha se hacían necesarios sólo para descarroñar espíritus endurecidos, fosilizados por muchos siglos de rutina, de catolicismo enervante, de adoraciones estériles en falsos ídolos!

Y recordando la interrupción infame del

mitin ordenado, pacífico, que fué muchos días su obsesión, su sueño caricioso que al fin se realizaba felizmente, mirando al herido que reposaba:

—¡Qué gentes más miserables, Cabanedo! —dijo—y sin concretar, aquella frase, la primera dictada por el desaliento que comenzaba á cizañar un alma esperanzada, optimista, llena de fe, voló de sus labios sin rumbo, desorientada, como si no encontrara corazón donde posarse, ó como si dudara entre tantísimos como podría elegir justa, mercedamente, para destilar su amargura y su acritud...

Estas amargas meditaciones que no eran de reconvencción por su proceder, pues todo lo que hasta allí le debiera la Causa, ofrendólo en sus altares con fe ciega y voluntad firme, abrieron á campos de escepticismo una aspillera donde á su pesar se asomó el alma de Aguilares colocado por la realidad y por un golpe de plano á sus optimismos, en un terreno inseguro de transición. En esta textura, su alma hizo crisis en sentido negativo, y Ramón engrosó la fila de hombres pe-

simistas, taciturnos y como doloridos, y á muy poco estuvo de compartir la idea que del prójimo tenía formada en su anarquismo de mal humor, gruñón y agriado, el compañero Joaquín.

Oía á este con más íntima complacencia los extremos de sus diatribas contra todo y contra todos, y comenzaba á esperar su espíritu chasqueado, burlado y herido súbitamente, como por un artero cuchillazo, en los actos repelentes de violencia, si no como un medio eficaz para establecer el Amor y la Justicia sobre la tierra, por lo menos para ir dando testimonio de vida frente á todos los procedimientos de uso común en las altas esferas de estos organismos sociales que se bamboleaban y caerían al fin á la pesadumbre de sus lacras y sus defectos.

Y en casa, junto á Lucía, estaba preocupado, pasaba las horas en silencio, y solo cuando aquella por animarle le hablaba de su felicidad cuando naciera el hijo que tanto querrian, y que sentía como una bendición en su vientre joven, se iluminaban sus ojos inteligentes de una llamarada de pasión, y

daba por un momento de mano á sus pensamientos sombríos.

Aquellos días Cabanedo experimentó un retroceso en la marcha curativa de sus heridas. Para Aguilares, Cabanedo era el símbolo vivo del pueblo que siempre pierde. Entra en la lucha decidido, con fe en los que le guían—Cabanedo dentro de su anarquismo había aceptado gustosísimo la *jefatura* de Aguilares—sin aquilatar sus fuerzas ni medir perjuicios; las mil miserias de los directores se traducen en golpes de rechazo que recibe resignado, y al último, al reconocerse, al ver que ha luchado por algo no comprendido claramente, pero que le seducía—el relumbrón de un adjetivo, la contundencia de una frase escuchada en cierto momento, un gesto, una actitud,—acababa reprochándose su candidez, y llorando en silencio. Cabanedo no lloraba, pero su tristeza en el lecho mirando el vacío de su alcoba con la idea persistente de que sus jornales guardados tocaban á su fin, y que la convalecencia no se acercaba, hacía pensar hondo y producía compasión.

Los compañeros organizadores del mitin y algunos trabajadores más, se reunían al pie de la cama del panadero acompañándole y conversando entre sí mientras Lucía trajinaba y atendía fraternalmente al enfermo.

Aquel conciliábulo que era para las vecinas de la calle y por tanto para el pueblo entero, algo peligroso, de una truculencia y una perversidad mayúsculas, nutría sus conversaciones de sueños irrealizables que en su fe de creyentes de un rito del porvenir veían realizados á la vuelta de una esquina y súbitamente desvanecidos á la sola contemplación del paciente, ó por una frase esceptica del compañero Joaquín, cada día más fatalista y más descorazonado.

Una tarde el revuelo fué tremendo entre los amigos de Cabanedo. Pradera que llegó el último, traía agitándole como un banderín de rebato un periódico de Madrid que llegaba al pueblo todos los días á aquella hora.

Lo que había leído y le tenía fuera de sí,

rugidor y espumajoso, era en realidad extraño y según él francamente cochino.

Había terminado de verse en Madrid la causa por la última catástrofe del trabajo, que tan profundamente conmoviera á la opinión. Se esperaban acusaciones concretas contra el capital, contra el sentimiento irreflexivo y ciego de lucro, originario las más veces de horribles accidentes como este que dejó sepultados bajo un inexorable caparazón de cemento algunas docenas de vidas proletarias; pero el informe pericial de unos ilustres ingenieros colegas de los rematantes, á la vez directores de la obra derrumbada resumieron estupendamente cargos ¡contra el sol! que paradojal y un poco humorista había trocado su papel de engendrador de vida, y concentrando sus rayos en el sólido armazón de hierro, habíale dado por sembrar la muerte. Y los ingenieros procesados se vieron en libertad.

Aguilares se inmutó profundamente al terminar la lectura del periódico del amigo Pradera. Cuando el hundimiento se hallaba él en Madrid llevado por asuntos comercia-

les de la casa de que era empleado. Tenía vivo, sangrante, el recuerdo del día aquel, y como de un salto se agolparon á su sensorio las múltiples impresiones recibidas pretéritamente pero conservadas en él con fijeza extraordinaria.

Recordó el momento de recibir la noticia hallándose escribiendo en su cuarto de la modesta casa de huéspedes.

—¡Un hundimiento horrible! ¡Lo menos cien muertos!

Y enseguida, las proporciones fantásticas que en su fiebre del momento asignaba por indicios, por noticias inconexas la imaginación del vulgo á la desgracia positivamente considerable, pero de no tan horribles proporciones numéricas como muchos propalaban.

Se vió en la Puerta del Sol recibiendo empujones, traído y llevado casi en volandas por la apretada masa que pugnaba por asaltar los tranvías de Cuatro Caminos, abarrotados, y cuyas campanillas, otros días rientes, tenían en su frenético tintineo para abrir paso y bajo el banderín negro improvisado en los

troleys, toda la estremeciente sequedad de una llamada de incendio.

Recompuso la horrible escena de varias mujeres que rasgaban con sus gritos el aire cargado de tristeza, y trataban de desasirse de manos que las retenían para comprobar por sí la sospecha torturante de si eran los suyos los aplastados bajo el peso de la bóveda ferrada.

Luego, confundido con la multitud, entre llantos, blasfemias y gritos dictados por un sentimiento espontáneo de indignación y por la reciente noticia de la catástrofe aun no medida, subió la calle de Fuencarral hasta emparejar en su parta alta con una manifestación de trabajadores y mujeres del pueblo, casi silenciosos, guiados por una bandera negra, trágica en lo alto de un palo larguísimo, una manifestación formada al pie del depósito sepultador, cerca de los primeros cadáveres extraídos como un hálito de dolor y de queja exhalado de aquel arrabal, para llevar auras de tristor y de réplica enconada al centro, al corazón, á las caras mismas de los tranquilos vivientes de los

barrios burgueses descuidados y desentendidos, en su posición independiente, del peligro constante bajo que se agita por el pan el mundo proletario.

Y como *clou* de sus recuerdos, el imborrable del sitio de la catástrofe: un depósito rectangular, inmenso de cabida, cuya bóveda ligeramente arqueada como la de los otros, iguales, nuevos, que se alineaban al lado como un lago blanco de uniforme oleaje, rindió al sostén insuficiente de las columnas huecas, también de cemento esqueletado de espirales de hierro, y se derrumbó con un seco golpazo, sobre un centenar de obreros que trabajaban en el solado algunos metros debajo.

Y allí, en el fondo, el fracaso formidable de aquel caparazón compacto, pesadísimo, bullonado á trechos, rasgado por barrotes erectos ó en sarmentosas disposiciones, de brazos torturados amenazantes ó en súplica de clemencia. ¡Aquél fuerte caparazón sobre cuya entrama se trabajaba en salvamento con el horrible miedo de hincar el picacho en un cadáver tabicado, ó de rematar

de un mazazo al hermano de trabajo, agonizante.

¡Qué penosa la tarea de extraer las víctimas! Allí á un lado—siguió reuniendo recuerdos—la boca trágica, erizada en su periferia de barrotes retorcidos aún engarfiados de ropas sangrientas, que se utilizaba para la triste requisa, y que había despedido como un aliento de muerte los cuerpos mutilados de dos jovencuelos; y á pocos pasos la tétrica comitiva conducente de una camilla seguida de lamentos taladrantes de bocas femeninas de voces de venganza de los machos rugientes, caminando sobre el desigual pavimento—sepultura, guardando difícilmente el equilibrio como en una horrible zarabanda, grotesco bailotear sobre la muerte que calofriaba.

Y arriba, bordeando las altas paredes de aquel cementerio ocasional, en un apretadísimo aglomeramiento, la multitud, como una ancha cenefa negra continuamente movida, de la que salían llantos, ayes, vocerío, blasfemias....

Barajando simultáneamente estas remem-

branzas de la catástrofe que tanto hiciera hablar de culpabilidades concretas, de chanchullaje y filtraciones, de martingalas lucrativas, de ardides sucios de contrata y escandalosas sustituciones de material, á Aguilares parecióle la absolución de los procesados, ingenieros conocidos, de influencia, un alarde insesato de despreocupación y la culpabilidad del sol como factor único del h undimiento una evasiva inhábil, una burla de mal género:

Bajaron los amigos la escalera tortuosa y oscura, formaron un momento un corrillo á la puerta de la casa del herido, brilló en la noche el florecer de los cigarros encendidos por contacto, llevóse el suyo á la boca el «compañero» Fustán, y el corrillo se fraccionó, disolviéndose.

X

Lucía y Ramón del brazo—dos sombras más en la sombra de la estrecha calleja—marcharon hacia su casa.

Ramón iba apesarado, taciturno, como abstraído; un momento que alzó los ojos al espacio infinito, tachonado de estrellas rebrillantes, como en una interrogación, Lucía notó que le ardían en un fuego extraño de indecisión y de torturas mentales. Después hizo por recobrar su habitual serenidad, y no lo consiguió totalmente.

Ya en casa:

—Lucía, haz cena para ti; yo no ceno, déjame solo—dijo, y se metió en el despacho. Aguilares hacía mucho tiempo que no es-

cribía; se torturaba por redondear el período, tachaba continuamente, paseaba la habitación ensimismado, mirando á veces las paredes como pidiendo inspiración á los retratos de los grandes escritores, á los maestros, á los venerados apóstoles de las ideas; después se sentaba y garrapateaba frenético, las cejas enarcadas, el labio inferior afirmando en un rictus tesonado de decisión y de energía.

Releía, corregía, confrontaba las cuartillas. Después, más tranquilo, copió lo escrito en otras con letra cuidadosa, firmó, y dobladas las encerró en un sobre. En él puso.

Cuartillas para imprenta.

Director de «La Rebelión».

Calle de... núm...

MADRID

Miró su reloj, que dejó al entrar sobre la mesa, cogió el quinqué y abandonó el despacho. Eran las dos de la mañana.

En el comedor, sobre cuya mesa ardía un infiernillo con llama tenue, azulada, casi in-

visible, al lado de una cacerolita y unos platos, liada en un mantón fuerte, esperaba Lucía, que abandonó una sillita baja al sentir las pisadas de Ramón que se acercaban por el pasillo precedidas de un resplandor creciente.

El artículo lo publicó *La Rebelión* con esta apostilla á su pie: «Se suplica encarecidamente la reproducción en toda la prensa obrera.»

El Sol no es el infame, que era el título de la diatriba violenta, valentísima, de Aguilares contra todas las cosas integrantes de los sólidos organismos de poder estatuido, no rodó por las hojas proletarias—voces de queja, anuncio rosado de nuevas eras sólo presentidas, hojas vibrantes de fuego, de odios, de amores, de lamentos de presidio—porque *La Rebelión* fué denunciada por publicar el artículo, y ante la vida de Aguilares puso sus amarguras un no gastado dolor: el dolor de ver encuadrados la gloria del Azul y los oros del sol de España por el marco reducido, estrecho y rejado del ventanuco de una cárcel mala.

XI

La prisión y el proceso que se seguía en Madrid á Ramón Aguilares dió de nuevo pábulo á la murmuración del pueblo, que esta vez hincaba el diente ponzoñoso sin ningún género de salvedades en Ramón, «el anarquista», y en Lucía, «la concubina descarada y sinvergüenza».

La filosofía de estos pueblos—Moraledás benaventianos—tiene para cada faceta, para cada circunstancia de la vida un apotegma cerrado, dogmático, inexorable. En este caso dictaba en los labios de todo el pueblo: El que está en la cárcel, que se ha hecho para los criminales y los ladrones, ¿qué pieza no será? Y la mujer que vive con un hombre que extinguiera condena por anarquista,

buena pelandusca está. Y los razonadores de esta guisa, después de lanzada la afirmación, se quedaban tan frescos.

Lucía, á pesar de su entereza, desde que Ramón fué encarcelado lloraba á menudo, comenzó á decaer, y con terquez, intensamente, tomó en su alma carácter de obsesión el miedo á que en sus entrañas se forjara una vida destinada á blanco de la estulticia de aquella gente repleta de preocupaciones, de ranciaduras, de sedimentos de un bárbaro atavismo, que miraría con desprecio, si no con horror, al fruto de una pareja unida por amor: de la pareja de un libertario y una mujer emancipada.

Y serenamente, pensó en huir cuando llegara el caso.

A instancias de Joaquín, preso Aguilares, Lucía engrosó con su persona el hogar modesto del amigo, y de allí salía exclusivamente cuando llevaba la comida á la cárcel, ó cuando la era lícito comunicar con el preso.

En casa de Joaquín se respiraba, á un lado el carácter algo dictatorial de este, un ambiente grato, sereno, de honradez y de traba-

jo, que encantaba. El llegaba del tajo de su oficio de pintor á medio día y anochecido, y Aurora su compañera dedicaba todo el tiempo que le dejaba libre el cuidado de los chiquillos y el de la casa, á la confección de puntillas y medias y trabajos de punto á máquina.

Lucía se consolaba en aquel ambiente, y ayudaba á Aurora. Mientras duró esta situación, Joaquín parecía que, ante la resignación tranquila de la compañera del preso, dulcificó su carácter, quizás por no se sabe qué ideas sugeridas de la extraña circunstancia de verse huésped de una criatura que prestaba á aquella casa algo del espíritu compañeril, fraternal y falansteriano que en el futuro soñado por ellos, los libertarios, había de presidir la vida feliz de los pueblos, de las sociedades, de los grupos, de la humanidad en general.

Aurora bendecía el momento aquel en que Lucía llegó llorando acompañada de Joaquín.

—Joaquín es buenísimo—solía decir Aurora;—pero yo creo que con sus ideas y sus periódicos, con su temperamento, se malhumora; mas desde que usted está aquí, pare-

ce otro. ¡Cómo se quieren Ramón y él, y cómo se entusiasman cuando hablan de la Causa, como ellos dicen! Ramón es muy bueno para usted, ¿verdad, Lucía?

—Sí; buenísimo... Pobre; ¡y este hijo nuestro!—y el llanto llegaba á sus ojos, copioso, ahogante, mientras pensaba en las dos vidas: la que se mustiaba tediosa y triste en la celda de la cárcel, y la que se revelaba con latidos en lo hondo de sus entrañas...

Aurora y Lucía intimaron; se compenetraron sus caracteres hasta el punto que á una y otra hubiéralas sido dolorosa la separación. Lucía, mientras la mujer del obrero trabajaba afanosamente, sentada junto á la máquina rematando obra apremiante, ó comenzando labor de repuesto, se entendía con los chiquillos, lavaba, acicalaba á los niños con delectación y con apego, y ellos se sentían contentísimos de la tutela cariñosa de aquella muchacha en quien se iniciaba clara é intensamente el presentido sentimiento de la maternidad.

Un día habló de dolores de cabeza, se sintió inapetente, y á la tarde, después de volver

de llevar la comida al preso, se acostó y estuvo desazonadísima. A la mañana siguiente no pudo levantarse.

Joaquín, al ir al trabajo, avisó á un médico, y á poco de llegar á su casa, la compañera enamorada del agitador peligroso, dió á este organismo social corrompido, el tributo insignificante de un muchacho fornido, lloricón y en perfecto estado de viabilidad.

Aquel día, antes que de ordinario, el mayor de los de Joaquín, un chicuelo de cinco años caederos, llevó á Ramón la comida y la noticia de su paternidad. Y Ramón no sabía si de regocijo, de pena, de remordimiento ó de qué, lloró, lloró como un niño, de cara á las oscuras paredes de su encierro.

Una mañana de sol riente y claro en que Aguilares leía sobre el camastro, y á veces miraba atento el mundo de partículas casi apreciables que bailoteaba continuamente en el prisma de claridad arrojado por la alta ventana, y pintaba en el suelo un paralelogramo perfectamente cuadrículado por las

sombras de la reja, un ordenanza le entregó una carta del abogado de oficio á quien tocaba en turno defenderle en Madrid; le pedía datos, y le hablaba de los ocho años de cadena que para él solicitaba el fiscal.

Desde esta fecha el preso quedó como alelado; sin renegar un momento de su conducta, una mirada retrospectiva le hizo ver la esterilidad de sus esfuerzos, lo inútil de su labor hecha con cariño y con fe fanática en pró de unas gentes que ni le llevaron á la cárcel una palabra de consuelo, y un instante se encontró francamente ridículo.

A su alrededor todo seguía como antes; la injusticia continuaría ocupando su trono y el dolor eligiendo sus víctimas de entre los caídos. El robusto y absurdo engranaje social seguiría su maquinario continuo, sin importársele un ardite de los pobres gozquecillos del romanticismo que, como él, quedaban triturados entre dos de sus piezas, al atravesar, con un alarido de rebelión ó de protesta, la debilidad de sus cuerpecillos triturables.

Y el drama horrible de una vida robada á la libertad en plena floración, y la elegía viva

de una muchacha triste, sola con su hijo venido á la tierra en tan tremendas circunstancias de desamparo y de dolor, á nadie interesaría mas de unos minutos.

La Rebelión, en las mismas columnas que ofrecieron en apretada prosa la carnaza de cebo al lápiz del fiscal, entre el artículo desesperado, rugiente, sectario, y la lista pobre de la suscripción en pró de todas las víctimas del presente orden social, daría la noticia seca ó sazónada con algún comentario tan sonoro como perfectamente inútil: «Ha sido condenado á tantos años de prisión el querido compañero... etc...»

¡Y allá vas tú, juventud no vivida, ansia de ternura paternal no dejada sentir por el infortunio, existencia ahora insinuada de bienestar y cariño, en un hogar donde brota para colmar la ventura, la música de luz de un hijo del amor; allá vas tú á engrosar las filas trágicas de los tristes, de los perseguidos, de los malditos!

—¡Qué vida, esta pobre vida nuestra!— pensó Aguilares; y sepultó la cara sollozante entre las manos.

XII

Lucía fué avisada de que, á la mañana siguiente, Ramón saldría de la cárcel, para ser trasladado á la de Madrid en el primer mixto que pasara.

Cabanedo, Don Alfredo del Fustán, Joaquín y Aurora decidieron acompañar á Lucía y Aguilares hasta la estación.

Bajo un sol claro, riente, que á Ramón deslumbró al saltar el dintel de la cárcel, y que hacía destacar más el blanco de la carretera rayada á trozos por las sombras rectas de los álamos laterales, hacía su peregrinación de dolor, entre tricornos, la extraña comitiva.

Aguilares, sereno, con la tranquilidad re-

cobrada después de pasajeras crisis de desaliento, quería infundir valor á Lucía, que caminaba, no repuesta aún, con el niño en brazos; Cabanedo renqueante, demacradísimos, á medias convaleciente de la larga curación de sus heridas, cruzaba á veces con el conducido expresivas miradas de una clarísima significación dolorosa. Don Alfredo del Fustán, Aurora y Joaquín pronunciaban, de tarde en tarde, palabras sin interés, que sonaban opacamente.

Era aquel como un éxodo del romanticismo, que un momento había querido arraigar en tierras áridas de prosa. Ramón, camino de tomar en audiencia lejana billete de presidio por preconizar un estado mejor, de cuyas ventajas, en modo alguno, él gozaría, era una figura admirable, radiosa, pero con precedentes definidos en esta raza de abnegaciones y bravas locuras.

Llegaron á la estación. Todos abrazaron al conducido entre frases de esperanza, de consuelo, de solidaridad con su pena.

El abrazo brutal, doloroso, largo, de epilépticos crispamientos en que se fundieron

Ramón y Lucía, mezclando sus lágrimas, dejaría en sus cuerpos señales moradas como las esposas que luego calzaran á Ramón.

Después besó éste largamente al niño, que rompió en vagido débil, y alzó cerrados los puñitos como en una amenaza á algo invisible, ó como en una arenga sin palabras que siguiera señalando á los buenos soñadores de un porvenir esplendoroso la era lejana del bienestar, mientras el tren, ya dentro Aguilares, desperezaba su potente organismo entre resoplidos negros de humo denso, trepidar interno de herrajes y pausado resbalar de ruedas.

Arévalo-Madrid, 1907.